

San Francisco de Sales sino indicar un modelo. Escogió á San Luis, rey de Francia, cuya hermosa vida ofrece tan perfecto ejemplo para conducirse en el mundo. «Tened devoción á San Luis—dice:—fué Rey á los doce años, tuvo nueve hijos, hizo perpetuamente la guerra, vivió más de cuarenta años en el trono, y al cabo de este tiempo, su confesor, que era un santo, juró que habiéndole confesado toda la vida, jamás había observado que hubiese caído en pecado mortal. Hizo dos viajes al otro lado del mar: en los dos perdió su ejército, y en el último murió de la peste, después de haber asistido, visitado, socorrido y curado á los apestados de su ejército, dejando esta vida alegre, contento y animoso, pronunciando un versículo de David. Os doy este Santo por patrón especial para este año: el que viene, si Dios quiere, os daré otro, después que salgáis bien aprovechada de la escuela de éste.»

Apenas recibió la señora de Chantal este reglamento, tan sabio y oportuno para sus necesidades y tan evidentemente lleno del espíritu de Dios, cuando se aplicó á ponerlo por obra con el ardor que le era natural, pero que subía de punto cuando se trataba de las cosas divinas. Este ardor, menester es confesarlo, era excesivo en la señora de Chantal, faltándole aún la moderación que admiraremos después. Apasionada por lo bueno, la señora de Chantal no podía ni aun entrever la sombra de ello sin sentirse entusiasmada y sin lanzarse en su persecución; muchas veces no podía lograrlo, y otras pasaba los debidos límites, y en ambos casos sufría mucho. Su Santo director, con el tacto maravilloso que en la dirección de las almas le había concedido Dios, la explica este estado que no comprende, analiza el fondo de su alma con singular claridad, le hace tocar la llaga con su dedo, y le indica los oportunos remedios.

Y, en efecto, la misión admirable del director es penetrar en las almas que no se conocen, revelarlas su

mismo interior, iluminar sus tinieblas, hacerlas conocer las causas secretas de sus penas, curarlas algunas veces, consolarlas y fortificarlas siempre.

«Hay algo en mí—escribía la señora de Chantal á San Francisco de Sales—que nunca está satisfecho; pero no sé decir lo que es.» «Quisiera yo saberlo bien,—la contesta San Francisco de Sales;—no obstante, ¿no sería tal vez una multitud de deseos que llenan de obstáculos vuestro espíritu?» Y añade después con una gracia encantadora: «Yo también estuve malo de esta enfermedad (1).»

Esta es, en efecto, la enfermedad de los principiantes. Cuando un alma se decide á practicar la virtud, siente vivos deseos de perfección; pero á fin de mantenerla en la humildad, haciéndola sentir su nada y la necesidad que tiene de Dios, no siempre, y menos al principio, le concede el Señor fuerzas proporcionadas á sus impulsos y suficientes para ejecutar sus deseos. Entonces empieza un estado penoso; pues agitada el alma, atormentada con grandes impulsos y deseos del bien, se siente, no obstante, débil para ejecutarlo, y lucha con un trabajo que no deja de ser bastante fecundo. Esto dura algunas veces muchos años, hasta que esa actividad, hartamente humana, es destruida, y queda sólidamente establecida la humildad necesaria.

San Francisco de Sales emplea muchas cartas, llenas de comparaciones muy bien escogidas y sembradas de mil palabras adecuadas, para explicar á la señora de Chantal este estado, en el cual entraba sin comprenderlo. Le compara á una paloma que quisiera volar, pero que aún no tiene alas, ó á un pájaro atado á una percha, el cual se agita y aletea, pero inútilmente, porque está atado, y añade: «No os agitéis, ni os apresuréis por volar; tened paciencia hasta que tengáis alas

(1) *Cartas inéditas de San Francisco de Sales.* 21 Nov. 1604.

para volar como las palomas; temo mucho que tengáis demasiado ardor por la presa, y que os afanéis y multipliquéis vuestros deseos sin dejarlos madurar.» Esta es la llaga antes indicada y que describe después magníficamente. «Veis—dice—la hermosura de las luces, la dulzura de las resoluciones, y os parece tenerlas casi entre las manos, de suerte que la proximidad de este bien os excita el apetito, y este apetito os estimula y os hace correr para satisfacerlo, pero en vano, porque el amo os tiene atada á la percha, ó no tenéis alas, y con ese continuo movimiento enflaquecéis vuestro corazón y gastáis vuestras fuerzas... Examinad bien vuestra conducta sobre este punto; tal vez veréis que dejáis mucha anchura á vuestro espíritu para correr tras el deseo de ese gusto soberano que lleva consigo el bien para el alma. Este afán es un defecto en vos, y este es el *no sé qué* que no está satisfecho, porque es una falta de resignación. Me diréis que os resignáis, pero es con un *más, pero...* porque querriais tener esto y aquello, y os agitáis por tenerlo.»

Muchas almas podrían reconocerse en este retrato hecho por mano maestra. Mirad ahora el remedio: «Para remedio, pues, hija mía, pues que aún no tenéis alas para volar, no os inquietéis, no os apuréis, y tened paciencia hasta que tengáis alas. Es menester hacer algunos ensayos, pero con moderación, sin agitarse ni sofocarse;» y vuelve á decir: «Vamos, deteneos un poco, no os apresuréis, ya veréis cómo es mucho mejor hacerlo así; mientras tanto, vuestras alas se fortificarán con facilidad.» En fin, dice, «un simple deseo no es contrario á la resignación; pero un anhelo angustioso del corazón, un aletear sin cesar, y esa agitación de la voluntad que multiplica las ansias, ciertamente no es otra cosa que falta de resignación.» Por último, concluye con la elocuente comparación de Moisés, que desde lo más alto de la montaña vió la tierra prometida,

por la cual tanto había suspirado, pero no entró en ella, sino que murió sin haber conseguido más que mirarla de lejos. «¡Ay!—exclama San Francisco de Sales—tenía en la boca el mismo vaso de agua que vos deseáis y no podía beberla.»

«¡Oh Dios, qué suspiros debía dar esta alma! No obstante, murió mucho más contento que la mayor parte de los que entraron en la tierra prometida, pues que Dios se dignó darle sepultura por sí mismo.»

Estamos lejos ya, como se ve por lo referido, de la dirección primera que tuvo la señora de Chantal, y que tanto la hizo sufrir. Estas no son ya aquellas vivas excitaciones, excelentes respecto á una persona floja y cobarde, pero muy imprudentes cuando se dirigen á un alma como la de nuestra Santa; aquellos ardores del director que, añadidos á los excesivos de la penitente, la obligaban á esforzarse de un modo, que aniquilaba sus fuerzas; aquellos ejercicios de piedad, tan multiplicados y de tanta atención, que le cansaban la cabeza y fatigaban el espíritu; aquellos lazos que la ahogaban y oprimían su alma, demasiado inclinada á la austeridad.

San Francisco de Sales sigue una marcha enteramente contraria: lejos de agujonear á la señora de Chantal, la contiene, la modera, la tranquiliza; sobre todo, se esfuerza en ensancharle el corazón. Su gran máxima, la que repite constantemente y termina todas sus cartas, y la que hace leer y meditar en todos los libros espirituales en que se trata de este punto, es ésta: que no se debe ser quisquillosa en el ejercicio de las virtudes, sino trabajar recta, franca y sencillamente, á la antigua francesa, con libertad y de buena fe; que lo mismo debe hacer con los consejos y mandatos que él la dé; que estas palabras: *Haced esto, no penséis más en esto*, no deben ser entendidas con un rigorismo absoluto, sino amigablemente, con libertad y buena fe.

«¡Oh, no!, amada hija—añade (1);—nada temo yo tanto como el] espíritu de encogimiento y melancolía; por el contrario, deseo absolutamente que tengáis un corazón ancho, grande, que se dilate alegremente en los caminos y servicio de Nuestro Señor.»

Mucha necesidad tenía la señora de Chantal de esta dirección. A las penas exteriores que hacían tan dura su situación en Monthelón, se juntaban penas interiores que, aumentándose todos los días, le causaban algunas veces ansiedades y profundas tristezas. Hacia el fin de 1604 se vió acosada de horribles tentaciones contra la fe, de dudas sobre nuestros más adorables misterios, y muy en particular sobre la divinidad de la Iglesia. Si por corto tiempo disminuían estas tentaciones, era para dar lugar á obscurecimientos, inmovilidad y grandes sequedades, y á una completa ausencia de gusto y sentimiento en la práctica de la virtud. En vano se daba á la oración; su espíritu, tan vivo en todo y para todo, quedaba en tinieblas. ¿Se quería aplicar al amor de Dios? Su corazón la parecía de mármol; el sólo nombre de Dios la helaba. De esto resultaban desolaciones imposibles de pintar; y tales, que San Francisco de Sales, con toda su ciencia de doctor y su paternal solicitud, apenas podía calmar.

«No podéis ni debéis creer, querida hija—la escribe San Francisco] de Sales el 18 de Febrero de 1605—cuando comenzaron estas penas, que las tentaciones contra la fe y la Iglesia provienen de Dios. Y ¿quién enseñó nunca que Dios fuese su autor?... Sugestionés de blasfemia, de infidelidad é incredulidad. ¡Ah! no; no pueden salir de nuestro buen Dios; su seno es muy puro, y no puede concebir semejantes objetos... El mismo enemigo es el que va por todas partes alrededor de nuestro es-

(1) Véase en particular en las *Cartas de San Francisco de Sales*, la del 1.º de Noviembre] de 1605, y entre las inéditas, la del 7 de Marzo de 1606.

píritu, escudriñando y huroneando para ver si encuentra alguna puerta abierta para entrar. Así lo hacía con Job, San Antonio, Santa Catalina de Sena, y con una infinidad de almas muy buenas que conozco, y aun con la mía, que no vale nada y que no conozco. Y qué, hija mía, ¿nos hemos de enfadar por esto? Dejadle que se canse, y tened bien cerradas las puertas, él se cansará; y si no se cansa, le hará Dios que levante el sitio. Acordaos de lo que creo haberos dicho ya. Buena señal es que haga tanto ruido y truene tanto alrededor de la voluntad, porque manifiesta que no ha podido entrar dentro.»

El remedio soberano para esta clase de tentaciones es el desprecio. Cuanto menos caso se las hace, más pronto desaparecen. Pero esto era muy difícil de alcanzar del carácter ardiente de la señora de Chantal, y de su delicadeza de conciencia, que siempre imaginaba haber consentido ó dado motivo á la tentación. «Vuestras tentaciones contra la fe han vuelto—la escribía cinco meses después;—y aunque no las respondáis ni una sola palabra, os acosan. No les replicáis; esto es muy bueno, hija mía, pero pensáis mucho en ellas, las teméis mucho, y os dan miedo; si no fuera así, ningún mal os harían; pero sois muy sensible á las tentaciones. Amáis la fe, y no quisierais os viniera ni un solo pensamiento contrario á ella; de suerte que cuando sentís alguno, aunque sea á lo lejos, os entristecéis y turbáis. Sois tan celosa de la pureza de la fe, que os parece que la menor cosa la marchita. No, no, hija mía; dejad correr el viento, y no penséis que el ruidillo de las hojas es el de las armas. Hace poco tiempo—continúa—estaba yo junto á unas colmenas de abejas, y algunas se vinieron sobre mi rostro; quise desviarlas con la mano, pero un hombre que había allí me dijo:—No, señor, no las toquéis ni tengáis miedo, porque no os acometerán de ningún modo si así lo hacéis; pero si las tocáis, de

seguro os picarán.—Le creí, no las toqué, y ninguna me picó. Creedme; haced lo mismo con estas tentaciones; no las toquéis, y no os ofenderán; pasad adelante sin entreteneros con ellas» (1).

San Francisco de Sales repite mucho este gran consejo de despreciar las tentaciones contra la fe, é insiste en ello bastante á causa del carácter impetuoso y vehemente de la Santa: «Vamos, vamos, hija mía—le dice,—valor; sea vuestro corazón siempre de Jesús, y dejad á ese mastín que ladre á la puerta cuanto quiera.» Y seis meses después: «Tened grande ánimo y sed constante,—le escribe elocuentemente,—y no le perdáis por ningún ruido, y sobre todo por el de las tentaciones contra la fe. Nuestro enemigo no puede hacer más que ladrar, pero hacedle burla, y veréis cómo huye. No le repliquéis, y reíos de él, porque todo eso no vale nada.

»Bien ha chillado y gruñido alrededor de los Santos, armando grandes algazaras; pero ¿para qué? El miserable no ha podido impedir que se coloquen en las sillas que él perdió» (2).

Al mismo tiempo que San Francisco de Sales enseñaba á nuestra Santa á despreciar al demonio y sus ataques, se esforzaba en desarrollar en su corazón el amor á Nuestro Señor Jesucristo, y ese sentimiento de confianza y abandono en sus manos, que es el remedio más enérgico en tiempo de tentación. «Representaos en vuestra imaginación—le escribía—á Jesucristo crucificado entre vuestros brazos y en vuestro pecho, y decid cien veces, besando su costado: En esta abertura está mi esperanza; esta es la fuente viva de mi dicha... No, no; nada me separará de su amor. Le tengo, y no le soltaré hasta que me lleve al lugar de seguridad... Y con esto, hija mía, ¿qué podeis temer? Que venga la

(1) Carta del 30 de Agosto de 1605.

(2) Carta del 1.º de Noviembre de 1605.

tempestad y la tormenta, ¡viva Jesús! Estad segura, no pereceréis» (1).

Consejos tan santos y sabios, tan apropiados á las necesidades de la señora de Chantal, y dados con tal autoridad y semejante acento, ¿cómo no habian de fortificar y consolar á nuestra Santa? Sin duda, pero no por esto cesaban sus tentaciones; y en la desolación en que sus penas la ponían, se la oía exclamar: «¡Mi alma está triste hasta la muerte!» ó bien, cayendo de rodillas: «Padre mío—decía—¡pase de mí este cáliz!» «Pero en cuanto lo había dicho—añade la Santa—sentía una sed ardiente de beberlo hasta la última gota, y volvía á decir á Nuestro Señor: ¡Dios mío, no pase de mí este cáliz sin haberle bebido! (2) ¡Tened piedad de mí, Dios mío, y hacedme esta misericordia!»

Estos santos afectos duraban poco, porque era menester que la prueba siguiese su curso; y dominándola otra vez la pena, á pesar de toda su fe y energía, caía la Santa en el mismo desaliento. Este es á menudo el estado de las almas que Dios acrisola en el fuego de las tribulaciones interiores. Estar unida á un Dios que es luz y vivir en las tinieblas, poseer en su corazón á un Dios que es el amor mismo, y sentirse fría como el mármol, ¿cómo puede ser esto al mismo tiempo? ¿No será que Dios se haya alejado abandonando al alma? De aquí esas amargas desolaciones, que no pueden ser comprendidas sino por los que las han probado. Así Nuestro Señor Jesucristo, que llevó nuestras cruces todas, después de haber sufrido la traición de Judas, la negación de San Pedro, la debilidad de Pilato, la burla de Herodes, las bofetadas y salivas; después de haber sentido en el jardín de las Olivas las penas interiores, el disgusto, la tristeza, el desaliento, quiso pasar

(1) Carta del 6 de Agosto de 1606.

(2) Maupas, *Historia de Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal*, pág. 38.